

## EL LEÓN NO QUERÍA PELEA\*

Santos Juliá

En *La Campana de Gracia* de 25 de septiembre de 1897, un dibujo de J. Lluís Pellicer presentaba a un orondo Mr. Woodford, recién acabado de desembarcar en España, rebotante los bolsillos de papeles y rodeado de tres grandes baules repletos de reclamaciones. Al fondo, un león famélico, de triste mirada, apesadumbrado gesto y rabo entre las patas, a duras penas se sostiene en pie. Todavía no ha comenzado el verdadero enfrentamiento, diplomático primero, bélico poco después, de Estados Unidos contra España, y el dibujante no siente reparo alguno en presentar las cosas tal como las veía entonces: lo que se anunciaba era la desigual pelea entre un viejo león, escuchumizado y sin garras, con un bien pertrechado ministro plenipotenciario de una gran potencia emergente.

Un león en las últimas no era una imagen que hubiera venido por vez primera al lápiz de Pellicer. Más de un año antes, y en la misma *La Campana de Gracia*, otro león, esta vez tullido, con sus dos muletas ignominiosamente cruzadas sobre la abatida cerviz, viejo y con aspecto de pasar hambre, completaba una desolada escena familiar en la que el padre, en su papel de voz del pueblo, se dirigía a un señor Cañones para pedirle que con reformas o con rayos de Dios acabara con "aixó de Cuba, que ja no podem dir faba!"<sup>1</sup>. La guerra de Cuba llevaba ya por entonces más de un año tragándose hombres y dinero y la sensación que reflejaba Pellicer era la de quienes, por no poder más, exigían que se acabara con aquello como fuera. El león hispano no estaba para más peleas.

De manera que el más reiterado icono que a partir de la directa intervención de Estados Unidos en la guerra de Cuba llenará las páginas de los periódicos representando los tradicionales valores de la raza hispana, se arrastraba ya por los suelos desde los primeros años de la guerra; como será también de entonces la irrupción de pjaras de cerdos adornados con las insignias del gran estado del Norte en las inmediaciones del Congreso de los Diputados u hozando muy sanos y retozones a los pies de D. Quijote y Sancho. El cerdo gordo y en buena salud, escupiendo dólares por sus hocicos, símbolo de esa mezcla de riqueza material y miseria de espíritu con que los españoles representaban a los *yankees*, apareció en las revistas satíricas al

---

\* Publicado en el catálogo de la exposición "*Aquella guerra nuestra con Estados Unidos...*" *Prensa y opinión en 1898*, Madrid, Fundación Carlos de Amberes, 1998, pp. 17-33.

<sup>1</sup> "La veu del poble", por J. Lluís Pellicer, *La Campana de Gracia*, 23 de mayo de 1896.

mismo tiempo que el león famélico<sup>2</sup>. De momento, cada cual por su lado, pero enseguida uno frente al otro, con un gran signo de interrogación presidiendo la escena de su todavía lejano pero ya visible enfrentamiento.

Dudas sobre el resultado, pero no sobre su inevitable ocurrencia. Desde la adopción por el Congreso y Senado de Estados Unidos, en abril de 1896, de una resolución a favor del reconocimiento de la beligerancia a los independentistas cubanos, la opinión pública española se sentía objeto de inmerecidas agresiones y muy injustas injurias. Un diplomático tan circunspecto como Juan Valera, que juzgaba como funesta la guerra de Cuba, no dudó en calificar la discusión del Senado americano como el "insulto más sangriento que hacer se puede" a una nación, aunque para nada exigía del gobierno español una similar respuesta. España incurriría en heroico delirio y cometería un acto de inaudita temeridad si provocara a Estados Unidos, hacia quien ningún corazón español sentía odio, sino más bien admiración. Valera, por su parte, "a pesar de los insultos que nos han inferido, celebraríamos en el alma que nos reconciliásemos, que nos estimásemos más"<sup>3</sup>.

Pero ni reconciliación ni estima fueron posibles. La prolongación de la guerra de Cuba hizo evidente para todos que Estados Unidos quería ver y, si era preciso, empujar a España fuera de la Isla. Los prejuicios contra una nación católica, la convicción de que España se había empeñado en una guerra cruel que estaba causando grandes sufrimientos al pueblo cubano, la simpatía hacia la causa de los insurrectos, la buena marcha del comercio con la Isla, la culminación de la lucha secular por liberarse de la presencia de las potencias europeas en tierra americana, la competencia electoral entre los partidos demócrata y republicano y, en fin, el designio de convertir a Estados Unidos en gran potencia naval: todo le movía hacia una creciente intervención en una guerra sin horizontes de triunfo. Cuando el abogado neoyorquino Steward Lyndon Woodford llegó a España, en septiembre de 1897, lo que traía en aquellos abultados baúles eran las muy conminatorias instrucciones del presidente norteamericano, William McKinley: Estados Unidos no iba a tolerar una guerra larga e incivilizada. Era necesario que el gobierno español concediera a Cuba una amplia autonomía, que pusiera fin a los programas de concentración de la población y que aceptara la mediación de Estados Unidos para garantizar que en un plazo razonable estaría en condiciones de acabar la guerra<sup>4</sup>.

El gobierno español respondió a las exigencias del presidente americano en una nota de 23 de octubre de 1897 en la que con tono "firme y conciliador" ratificaba el propósito de llevar a la práctica sin demora el programa político que el jefe del partido liberal había enunciado en el mes de junio: autonomía

---

<sup>2</sup> Por ejemplo, "España y los Estados Unidos", en *Madrid Cómico*, 28 de marzo de 1896; y "Una irrupción yankee", *Militares y Paisanos*, 10 de mayo de 1896.

<sup>3</sup> Juan Valera, "Los Estados Unidos contra España", Madrid, 1896, en *Obras Completas*, Madrid, Aguilar, 1958, vol. III, pp. 1003-1012.

<sup>4</sup> Para las relaciones diplomáticas entre Estados Unidos y España durante la guerra de Cuba, John L. Offner, *An Unwanted War. The diplomacy of the United States and Spain over Cuba, 1895-1898*, Chapel Hill, The University of North Carolina Press, 1992, y Julián Companys Monclús, *España en 1898: entre la diplomacia y la guerra*, Madrid, Ministerio de Asuntos Exteriores, 1991.

para Cuba sin dejar de formar parte de la nación española<sup>5</sup>. La situación había cambiado en España y el liberal Sagasta, llamado por la reina regente a la presidencia del Consejo tras el asesinato del conservador Cánovas, respondía a las condiciones de McKinley recordándole su obligación de neutralidad que, de cumplirse, cerraría a los insurrectos cubanos el avituallamiento inagotable que les permitía continuar la guerra. En todo caso, y como muestra de que en efecto el gobierno español emprendía una nueva política y quería realmente la paz, Sagasta procedió a nombrar al general Ramón Blanco para la capitánía general de Cuba relevando del cargo al general Valeriano Weyler, responsable de la política de reconcentración; decretó el fin de esas medidas y concedió una amplia autonomía a Cuba y Puerto Rico.

Comenzaba así a ponerse en práctica la política del nuevo ministro de Ultramar, Segismundo Moret que, como escribirá Clarín, no era una política de Moret, sino de la Reina, que había llamado a los liberales para concederles el poder en octubre de 1897, de los *quintos*, que no querían ir a Cuba, y de sus madres, que no querían que fueran; tengamos el valor de ser ministeriales... y sin sueldo, recomendaba el crítico, y defender la política de autonomía de Cuba, de conciliación, prudencia y tolerancia. Era también la política defendida por la prensa más influyente de Madrid que durante el invierno y la primavera de 1897 había lanzado campañas contra el general Weyler y que informaba con puntualidad de la penosa situación del ejército español en la Isla. De los 200.000 hombres que habían llegado a Cuba, quedaban a finales de 1897, según el corresponsal de *El Imparcial*, 114.961, de los que 35.682 eran baja y 26.249 estaban enfermos, con lo que sólo quedaban 53.030 preparados para el combate. ¿Cuántos hombres costaba a España la guerra, cuánto dinero? Anemia, infecciones y fiebres provocaban más estragos que un enemigo siempre elusivo<sup>6</sup>.

Con su recomendación de ser ministeriales y defender una política conciliadora, Clarín reflejaba el sentimiento dominante que *La Campana de Gracia* había trasladado a su portada de 1 de enero de 1898. "Qué principio de año más negro", decía una España siempre vestida con sobriedad y discreción, como de luto, que conducía de la mano a un león, ahora ya no famélico, pero en actitud más bien atemorizada, escasamente expresiva de las virtudes de fiereza que normalmente se le atribuyen. "¿Y qué quieres que te diga, hija mía?", contestaba un empedregado Sagasta, encogiéndose de hombros: "yo ya no se qué hacer". No lo sabía ni Sagasta ni nadie: esos americanos parecían insaciables en sus exigencias. Había hecho todo lo que se le había pedido: la retirada de Weyler, la autonomía, la búsqueda de soluciones de paz, el fin de la reconcentración. Para eso le había llamado la Reina y ese era el resultado de su política a principios del nuevo año. Y sin embargo, qué negros nubarrones cerraban el horizonte; el león, que los olfatea, sigue sin querer pelea.

Ese estado de ánimo, retraído, pacificador, cauto, cargado de pesadumbre, resignado al cumplimiento de las exigencias de Estados Unidos,

---

<sup>5</sup> Pablo de Azcárate, *La guerra del 98*, Madrid, Alianza, 1968, pp. 48-50.

<sup>6</sup> Clarín, "Palique", *Madrid Cómic*, 29 de enero de 1898; *El Imparcial*, 30 de noviembre de 1897, y Stanley G. Payne, *Politics and military in Modern Spain*, Stanford, Stanford University Press, 1967, pp. 78-80.

comienza a cambiar cuando la política de Sagasta y de su ministro Moret, que es también la de la Reina, sin calmar a los congresistas y senadores ni a la prensa americana, tropieza con resistencias en el interior. Lo que hace sonar todos los timbres de alarma y, de rechazo, lo que producirá una radicalización de la prensa española no es el tono claramente belicista de la opinión pública americana sino el motín militar contra la autonomía en La Habana. Como suceso de suma gravedad calificó *Heraldo de Madrid* el ataque de oficiales del ejército español a los periódicos cubanos *Diario de la Marina*, *La Discusión* y *El Reconcentrado*. Grave porque no era la primera vez que militares amotinados invadían y destrozaban redacciones de periódicos: todo el mundo recordaba el asalto de 300 oficiales al periódico madrileño *El Resumen*, el 13 de marzo de 1895, por haber criticado la falta de voluntarios para cubrir las vacantes en Cuba. Y todo el mundo sabía que inmediatamente jefes y oficiales superiores expresaron su solidaridad con los amotinados y que de resultados de la incapacidad o la inhibición de la autoridad civil para imponer de nuevo el orden y la disciplina, el gobierno hubo de presentar la dimisión para dejar a la Reina libertad de llamar a un nuevo presidente que diera satisfacción a los levantiscos oficiales. Por vez primera después de la restauración monárquica, los militares habían intervenido con éxito en la vida política, quedando así esbozado el preludio de lo que será en 1906 la llamada ley de jurisdicciones<sup>7</sup>.

Lo más ominoso del nuevo motín de la Habana era que en la presidencia del gobierno se sentaba en enero de 1898 aquel mismo Práxedes Mateo Sagasta que hubo de dimitir a resultados del motín de marzo de 1895: liberales, conservadores, otra vez liberales; Sagasta, Cánovas, otra vez Sagasta. ¿Qué iba a pasar ahora, apenas cuatro años después, con Sagasta si los oficiales amotinados encontraban, como en la anterior ocasión, la solidaridad de los oficiales de mayor graduación? Lógicamente, el motín reavivaba recuerdos no tan lejanos de intervención militar en la política: la generación que todavía ostentaba el poder era la misma que había participado en la revolución de 1868 y presenciado las posteriores algaradas militares hasta el golpe definitivo que cerró el sexenio democrático. Quienes juzgaron con más sombrío pesimismo los hechos fueron los más cercanos a los partidos del turno, como el editorialista de *El Imparcial*, que veía el crédito internacional de España destruido por el motín, quebrantadas las esperanzas en un arreglo pacífico, perturbado todo "después de tantos y tantos sacrificios hechos por esta infeliz nación en aras de la paz". Y más allá de esta perturbación, lo que lamentaba el periódico era que el motín anunciaba el fin del breve periodo en que los militares dejaron de ser progresistas o moderados, revolucionarios o alfonsinos para ser nada más que militares. La opinión moderada, que conservaba el recuerdo no tan lejano de insurrecciones y hasta revoluciones en toda regla, de caídas de gobiernos y tronos, temía que el motín anunciara el retorno de los militares a la política, quizá no sólo para hacer caer un gobierno, el de Sagasta, ni para cambiar una situación, la liberal, sino para poner en peligro una Corona que guardaba para su hijo una madre viuda<sup>8</sup>.

---

<sup>7</sup> Manuel Ballbé, *Orden público y militarismo en la España constitucional*, Madrid, Alianza, 1984, pp. 256-257.

<sup>8</sup> "El dolor de España", *El Imparcial*, 14 de enero, y "Grave suceso", *Heraldo de Madrid*, 13 de enero [todas las citas, si no se indica lo contrario, son de 1898].

Era preciso responder con firmeza a los oficiales amotinados, que habían continuado el alboroto con vivas a España, a Weyler, al Ejército y hasta a D. Carlos, pretendiente al trono, y sonoros mueras a la autonomía. Responder con firmeza y no dejarse arrebatarse la bandera del patriotismo. La prensa más responsable, y de mayor tirada, aunque dirigida a un público minoritario, pues aun no había adoptado los titulares en grandes caracteres ni las llamativas primeras planas, con fotografías y dibujos, de los periódicos americanos y seguía ofreciendo a sus lectores páginas apelmazadas y editoriales muy razonados y llenos de cautela, se encontró así frente a un irresoluble dilema: si se mostraba partidaria de la política de prudencia y pacificación promovida por el gobierno, podía provocar a los levantiscos militares, que por su parte contaban con una prensa agresiva y patriotería en su recurso habitual a la honra y al honor. La única salida posible al dilema de manifestarse a favor de la paz sin por eso promover una actitud derrotista consistía en lograr de Estados Unidos una mayor comprensión hacia la política del gobierno. Sólo si el presidente americano y su representante en España comprendían los arduos esfuerzos que la Corona y el Gobierno estaban realizando en pro de la paz, podría avanzarse en la política de pacificación sin tropezar con resistencias interiores que dieran al traste no ya con la paz sino con la misma monarquía.

De ahí la auténtica desolación que transmiten los más ecuánimes comentaristas de la política americana cuando en lugar de esa actitud de comprensión y colaboración con el gobierno de Sagasta, sólo observan movimientos de creciente hostilidad de parte de Estados Unidos. Sencillamente, no comprenden que la nación americana no ponga término a sus ayudas a los insurrectos, que no abandone sus gestos agresivos, que emprenda maniobras navales de verdadera importancia, que siga presionando con reclamaciones exorbitantes. Cuba es parte de la nación española y España está dispuesta a transigir en aras de la paz, pero si Estados Unidos mantiene esa presión hostil, si una vez cumplidas las primeras reclamaciones se plantean otras, si la prensa americana persiste en sus campañas de injurias, si el Congreso y el Senado no se atienden a razones, entonces no quedará más remedio que hacer frente a la situación y prepararse para lo peor. De la aceptación resignada de las exigencias americanas, haciendo como que coincidían con la política anunciada de meses atrás por los dirigentes del Partido Liberal, se comienza a insistir en la recomendación de que es preciso acometer los preparativos para garantizar la defensa de la Isla y hacer frente a la peor de todas las eventualidades posibles, la de una guerra con Estados Unidos.

Es ahora cuando el león famélico comienza a erguirse, aunque no todos estén de acuerdo en lo que pueda resultar de esa nueva actitud. El *Maine* se dirige al puerto de La Habana mientras "a manera de cuervos" aletean en la proximidad de Cuba otros buques de guerra americanos. España, según *La Ilustración Española y Americana*, ha demostrado hasta la saciedad que no quiere la guerra, pero "cansada de sufrir perfidias y una hostilidad hipócrita, no puede menos de estar dispuesta y prevenida a lo que sobrevenga"<sup>9</sup>. El gobierno sortea de la mejor manera posible un gesto que en España y fuera de ella se interpretó, más que hostil, casi bélico, enviando a su vez al *Vizcaya* a

---

<sup>9</sup> José Fernández Bremón, "Crónica general", *La Ilustración Española y Americana*, 8 de febrero.

Nueva York, simulando que en ambos casos se trataba de visitas de cortesía. Los adversarios se observan y miden sus fuerzas. *La Barretina*, cuatro días antes de la explosión del Maine, expresa perfectamente la nueva situación: al reclamar que España se prepare para la guerra, los tres diarios más importantes de Madrid han iniciado una peligrosa función de circo y si logran echar a pelear a los dos animales, el león y el cerdo, el pueblo que trabaja será el que pague como siempre los platos rotos. Son los juegos peligrosos de la guerra que el dibujante de *El Gato Negro* imagina en la figuras de un almirante español y del omnipresente Tío Sam echando sus barquitos a la mar, flanqueado cada cual por su mascota, el león español, el cerdo americano<sup>10</sup>.

La explosión del Maine el 15 de febrero, cuando "eran las nueva y media de tranquila noche y comenzaban a tomar su correspondiente reposo las tripulaciones marineras", y la inmediata acusación a España de ser responsable de la voladura, a pesar de que nadie pudiera "atentar a un barco tan sigilosamente vigilado"<sup>11</sup>, aceleró la transformación icónica al mismo tiempo que radicalizó los discursos. Las intenciones de Estados Unidos son cada vez más manifiestas mientras sube la consternación en las esferas oficiales. ¿Qué hacer? De nuevo, la prensa de mayor tirada se muestra prudente acerca de las posibilidades de triunfo para España en una guerra que la enfrentara a Estados Unidos. "La nación española ha hecho cuanto en su mano estaba hacer para probar que no quiere la guerra con los Estados Unidos ni con ningún otro pueblo que la ofenda", dice *La Época* el 25 de marzo, pero habiendo llegado al límite de las concesiones, el Gobierno debe negarse "firme y categóricamente a cualquier otra que le sea dirigida". Nadie es tan insensato que vaya a exigir la victoria, escribe *El Imparcial* ese mismo día, pero no existe "un buen hijo de España que no demande del gobierno el mantenimiento, cueste lo que costare, de la dignidad nacional". No se trata de un anacrónico recurso a los valores tradicionales que se suponen patrimonio del pueblo español, sino cálculo muy medido de lo que costaría no mantener esa dignidad nacional a partir de ahora crecientemente invocada: si la guerra de Cuba se acabare con vilipendio, se encendería la guerra civil en la Península. Tal es el núcleo de la cuestión: que de un ejército no vencido, sino entregado, no se puede prever qué haría con quienes lo obligaran a regresar, sobre todo, porque los partidarios de D. Carlos se echarían de nuevo al monte con la bandera de la honra nacional<sup>12</sup>.

Esa es la bandera que la prensa madrileña de mayor tirada no se muestra dispuesta desde principios de marzo a dejarse arrebatar ni por el ejército, ni por los carlistas, ni por los republicanos, que reavivan otra vez el mito de un pueblo y un Ejército unidos en "apretado haz, para salvar la honra nacional escarnecida"<sup>13</sup>. Curiosamente, serán los republicanos de *El País* los que más se identifiquen con los militares en sus ataques al gobierno de Sagasta por lo que juzgan vergonzosa política de transigencia con el enemigo. Si los militares

---

<sup>10</sup> "Nou spectacle internacional", *La Barretina*, 11 de febrero; "Nota del día", *El Gato Negro*, 12 de febrero.

<sup>11</sup> Emilio Castelar, "Crónica internacional", *La España Moderna*, 25 de febrero.

<sup>12</sup> "No más concesiones", *La Época*, y "Honor, deber y conveniencia", *El Imparcial*, 25 de marzo.

<sup>13</sup> "El pueblo y el Ejército", *El País*, 18 abril.

atacan al gobierno porque desearan llevar hasta sus últimas consecuencias el motín de la Habana y tomar el poder, los republicanos sueñan con una derrota que produjera en España el mismo efecto que la de Francia en 1870. Son los Estados Unidos más fuertes que nosotros, "pues mejor que mejor", exclama pendenciero el periódico de Blasco Ibáñez. Lo que de ninguna manera pueden soportar estos republicanos es que el pueblo más viril de Europa, de América y de todo el mundo siga gobernado por eunucos<sup>14</sup>. Sea porque la reacción militar quiere lo mismo que la revolución republicana, sea porque los republicanos no podrían echar abajo el trono sin el auxilio de algún militar, lo cierto es que en marzo y abril de 1898 nada hay más parecido a la prensa militar en su creciente belicismo y su simultáneo ataque al gobierno que la prensa republicana.

Es en este clima en el que hay que situar las continuas referencias de la prensa vinculada a los partidos dinásticos e independiente al sacrificio estéril, los agravios recibidos, la honra mancillada, la dignidad y el honor nacional, la virilidad de los españoles y, como contraste, la denuncia de la iniquidad, la ingratitud, la soberbia, el espíritu de rapiña, la codicia y la hipocresía de los americanos. Se diría que lo que está en juego es una lucha entre valores, más que una pugna de intereses. Pero contra lo que pueda parecer a primera vista, la bandera de la honra nacional no se enarbola en esta prensa que no es republicana, ni militar, ni reaccionaria, es decir, que no milita contra el régimen, para mover al gobierno a una guerra que nunca había querido, que considera como un desastre antes aun de iniciarse, sino para exigir que se prepare ante la eventualidad de un enfrentamiento armado y para cubrirle en su continua retirada. La invocación de valores patrióticos crece en la misma medida que aumentan las exigencias de Estados Unidos y llega a su climax cuando a modo de ultimátum se exige de España la concesión unilateral de un armisticio a los rebeldes. Sabiendo, como sabían, que no quedaba más remedio que concederlo, no queda a los periódicos más serios otra alternativa que invocar la honra nacional si no quieren ver la situación desbordada por los enemigos de dentro. La defensa de esos valores debe interpretarse en clave interna, para el consumo interior, no como una incitación a la guerra: los editorialistas de la prensa de mayor circulación están lejos de pensar que con la honra se gana a la máquina; lo único que pretenden con tanta invocación a los valores tradicionales es aparecer al menos tan patriotas como los enemigos del gobierno y del régimen<sup>15</sup>.

Es bien sabido que el gobierno, y la Regente de modo personal, movieron todos los resortes diplomáticos posibles y accedieron a todas las exigencias de Estados Unidos antes de aceptar el estado de guerra al que finalmente el presidente americano abrió la puerta con su mensaje al Congreso de 11 de abril. La nota de las potencias europeas y la mediación del papa León XIII encontraron al gobierno español más que dispuesto a llegar al límite de lo imaginable: decretar un armisticio de forma unilateral y sin que el enemigo lo hubiera pedido ni estuviera dispuesto a aceptarlo. Fue para cubrir esas difíciles decisiones para lo que el gobierno y la prensa de los partidos dinásticos y de

---

<sup>14</sup> Es lo que escribía Vicente Blasco Ibáñez en *El Pueblo*, de Valencia, durante el mes de abril, cit. por Carlos Serrano, *Le tour du peuple*, Madrid, Casa de Velázquez, 1987, p. 210.

<sup>15</sup> Véase, por ejemplo, "La tregua. Para salvar el honor nacional", *El Imparcial*, 10 de abril.

las empresas periodísticas más o menos independientes, resucitaron todos los tópicos del patriotismo, de las gestas pasadas, del honor en la derrota. Es ahora cuando el león tullido de finales de 1897, el león a la defensiva, triste y abrumado por lo que se le viene encima de comienzos de 1898, el león al que McKinley llevaba domesticado "¡Al carretó!" y un atrevido Tío Sam metía la mano en la boca, petrificado como estaba en su triste función de buzón de correos<sup>16</sup>, vuelve a recobrar su antiguo vigor.

La irrupción del león en todo el esplendor de su fuerza tendrá lugar durante la gran convocatoria al patriotismo nacional celebrada el último día de marzo en el Teatro Real de Madrid, en presencia de la Reina y con el gobierno en pleno. Hasta La Habana llegaron los ecos de la iniciativa destinada a reunir medio millón de duros que transporta a la población verdaderamente española de la Isla "a los días felices de la exaltación patriótica". Pero no por eso mengua el pesimismo. Al exaltar al león de nuevo rugiente, no se puede evitar el recuerdo de que las páginas más gloriosas de nuestra historia son también nuestros más tremendos quebrantos, como escribe *La Época* el 1 de abril en su comentario sobre la función patriótica. Podemos ser vencidos, dice el periódico, pero nadie podrá arrebataros la seguridad de que sabremos convertir el vencimiento en una nueva página de gloria. Buscar la gloria en la derrota: a nadie se le hubiera ocurrido semejante propósito si no dominara en todos los ánimos la certeza de que un regreso del ejército sin presentar combate, un abandono puro y simple de la Isla como exigía el gobierno de Estados Unidos, encendería de nuevo la guerra civil, las partidas carlistas, las insurrecciones republicanas. Así que, escuadras a la mar y, en el azul del cielo, las letras luminosas de un ¡Viva España!, mientras "el león castellano, fiero y altivo, con los ojos inyectados en sangre, sujeta con una de sus garras el escudo español pronto a disputárselo al que se le acercara". Todo sazonado con los aires marciales de la célebre "Marcha" de la zarzuela *Cádiz*, que ha venido a convertirse en especie de himno nacional<sup>17</sup>.

Ya tenemos, pues, al león otra vez fiero y altivo, aunque no en postura ofensiva: se limita simplemente a defender lo que le pertenece. No todos, sin embargo, se contentan con un león en erguida actitud de defensa, sino que quisieran verlo en clara posición de combate, a punto de lanzarse sobre su gordinflona pero cobarde e inicuca presa. En la catedral, el padre Calpena, llevado de patriótica emoción -tanta, que hasta renunció a los honorarios que por su brillantísimo sermón le correspondían para destinarlos a la suscripción nacional- celebró el Dos de Mayo como "el día en que despertó el león, que parecía dormido, soltó su melena a los vientos, crispó sus garras y asombró al mundo con su fiereza". De los periódicos, *El Siglo*, que era el órgano del catolicismo integrista de Alejandro Pidal, *El Pueblo*, que lo era del republicanismo revolucionario de Blasco Ibáñez, *La Correspondencia Militar*, que expresaba los sentimientos de los militares, denunciaron sin desmayo al gobierno por lo que seguían juzgando una política de excesivas concesiones y encendían los ánimos con sus invocaciones al honor castellano y español y a plantar cara en todos los terrenos. *La Correspondencia Militar* llegará a exigir

---

<sup>16</sup> "¡Al carretó!", *La Campana de Gracia*, 15 de enero; "Ultima hazaña yankee", *Gedeón*, 17 de febrero.

<sup>17</sup> Crónica de 19 de marzo de Domingo Blanco desde La Habana, en *El Imparcial* de 4 de abril. Para el desarrollo del acto, "La función patriótica", *La Época*, 1 de abril.



del gobierno que reparta patentes de corso "al modo que lo hizo Pedro IV de Aragón en el siglo XIV". Nada de gloria en la derrota, como escribe la prensa más o menos gubernamental: las grandes páginas de la historia de España son aquellas en las que, sola, venció a enemigos superiores, como fue el caso con Napoleón. Ya se enterará ese pueblo de mercaderes, indisciplinado, lo que significa enfrentarse a un pueblo de guerreros. Tal vez al principio su mayor riqueza material nos ocasione algunos reveses, pero la mayor resistencia del pueblo español sabrá dar buena cuenta de ellos. España, se dice en la prensa reaccionaria, no se cansa de guerra: "Cada español será un soldado y cada barco un baluarte del honor castellano... ¡Pueblo de mercaderes, no sabes lo que es enfrentarse a un pueblo de guerreros!"<sup>18</sup>.

Así, unos porque temieran un levantamiento militar o una nueva guerra civil, otros porque soñaran con un triunfo sobre un enemigo superior en recursos materiales pero inferior en valores morales y otros, en fin, porque estaban convencidos de que de una derrota saldría una revolución, el caso es que cuando McKinley desoyó las recomendaciones de su representante en España, no hizo caso de las potencias europeas, echó en saco roto la intercesión de León XIII, despreció el armisticio concedido por España sin que los rebeldes lo hubieran pedido, y dirigió su célebre mensaje al Congreso solicitando permiso para intervenir en la guerra, la opinión casi unánime fue que, por más que la hubiera hasta entonces rehuido, al león no le quedaba más remedio que aceptar la pelea. Vamos a entrar en guerra y no es hora de preguntar de quién es la culpa sino de contribuir con dinero, escribe José Nakens desde *El Motín*: "serenidad, austeridad, virilidad y este pueblo, a quien se cree arruinado y decaído sacará tesoros de su patriotismo"; "¡A las armas, ciudadáns", clama el Tambor del Bruch, desde la primera plana de *La Campana de Gracia*<sup>19</sup>.

Sacrificio y adelante, esa es la opinión casi unánime, aunque siempre hay excepciones. La muy comentada de los republicanos federales, los más coherentes, los que siempre se manifestaron, con Pi y Margall a la cabeza, contra la guerra para someter a los independistas cubanos. "Somos enemigos de la guerra: no nos cansaremos de repetirlo", escribe *El Nuevo Régimen*, cuando los demás se encienden en soflamas patrióticas: "No podemos en manera alguna aplaudir ni legitimar la que hoy surge entre nosotros y los Estados Unidos [...] no nos puede honrar venciendo, no nos honrará vencidos". La de los socialistas, para quienes "no vale decir que el honor de España exige que no renunciemos a la posesión de Cuba" y que se pronunciaron claramente a favor de una paz que evitara la inútil sangría y la pérdidas de tantas vidas de hijos del pueblo: "¡Basta ya de sangre proletaria derramada por la más injusta de las causas!", se decía en *La Lucha de Clases*. La de un sector del catalanismo que aplaude la prudencia del gobierno frente a los actuales y delicadísimos sucesos y arremete contra la patriotería estúpida que sigue pidiendo guerra después de tanta sangre inútilmente derramada; o la de quienes dan el grito de alerta porque con la España de los castellanos se

---

<sup>18</sup> De lo relativo al acto patriótico en la catedral de Madrid ofrece puntual detalle en primera página *El Imparcial*, 3 de mayo. "¡¡En corso!!" e "Insistimos. El corso", *La Correspondencia Militar*, 19 de febrero y 21 de abril. "El patriotismo en acción", *El Siglo*, 2 de abril.

<sup>19</sup> José Nakens, "Callar y obrar", *El Motín*, 2 de abril; *La Campana de Gracia*, 9 de abril.

hundirá también "la nostra Catalunya". La de algunos comentaristas políticos, como Leopoldo Alas, que denuncian como literatura averiada "mucho prosa de esa patriotería"<sup>20</sup>.

Lo que impera, sin embargo, es la patriotería y no será sorprendente, dadas las posiciones de cada cual, que fuera *El País*, ahora subtítulo diario republicano-revolucionario, uno de los periódicos en los que nuestro ya familiar león pasara de la actitud defensiva a la de fiera agresión. Una semana después del mensaje de McKinley, el 18 de abril, la viñeta que ilustraba una primera página que se hará célebre por su llamada a la insensatez, muestra a un león dando buena cuenta de un cerdo que vomita dólares por su boca mientras lamenta en un gemido: "ya me comen, ya me comen, por do más pecado había...!". Eso era, en opinión imaginada por el diario "lo que puede suceder"<sup>21</sup>. No lo creían así, claro está, los más discretos opinantes que teniendo también por irremediable la guerra, la veían como una maldición para España, sola, abandonada por Europa, vertiendo inútilmente su sangre, sus hijos y sus tesoros. Un Sagasta con cara de león derrotado sirve a *La Campana de Gracia*, dos semanas después del primer desastre, el de Cavite, como una especie de epitafio del león que no quería pelea<sup>22</sup>.

Pues no había sido voluntario, sino forzoso acudir a las armas, escribió Juan Valera pocos días antes del segundo y definitivo desastre. Durante años había sufrido y aguantado España de Estados Unidos cuantos insultos, amenazas, manejos desleales y desmedidas reclamaciones quisieron presentarle. Su respuesta no ha guardado relación alguna con Don Quijote, sino con "el prudente Ulises caído en el poder de aquel gigantón". Toda su conducta estuvo guiada por el afán de salir por fuerza o con astucia para que el insolente gigantón no se la comiera. Todos la han abandonado, pero lo que ahora importa, dando la derrota por segura, es que "cuando tengamos la paz exterior tan ansiada y deseable, nos amnistemos unos a otros dentro de España y nos absolvamos mutuamente de las pasadas culpas, como si fuéramos culpados todos, sin venir a guerra civil y anarquía o a dictadura despótica que nos prive de libertad para darnos sosiego"<sup>23</sup>.

Las palabras de Valera suenan premonitorias de la actitud que dominará inmediatamente que lleguen las increíbles noticias del hundimiento de la escuadra de Cervera en aguas de las Antillas el 3 de julio de 1898. Se dice en ocasiones que la guerra con Estados Unidos fue impuesta al gobierno por la prensa, dominada por una exaltación patriótica irresistible. Se podría responder, ante todo, que la prensa difícilmente podía cumplir en una sociedad rural y con un elevadísimo grado de analfabetismo un papel movilizador de la

---

20 "La guerra", *El Nuevo Régimen*, 23 de abril; "Los causantes de la guerra", *El Socialista*, 22 de abril y *La Lucha de Clases*, 5 de febrero. Editorial sin título, *La Nació Catalana*, 15 de abril; N. Verdaguer y Callís, "La onada puja", *La Veu de Catalunya*, 13 de marzo. Clarín, "Palique", *Madrid Cómico*, 16 de abril.

21 "Ultimátum yankee. El ejército y el pueblo. Seamos insensatos", *El País*, 18 de abril. Las reacciones de los periódicos a las iniciativas diplomáticas de marzo y abril se analizan con detalle en Cristóbal Robles, *1898: Diplomacia y opinión*, Madrid, CSIC, 1991, pp. 17-120.

22 "Desesperació d'Espanya", *La Campana de Gracia*, 18 de mayo.

23 Juan Valera, "Notas Diplomáticas. XV", *El Mundo Naval*, 23 de junio.

opinión; los periódicos de mayor tirada eran más bien aburridos, apelmazados, con un tipo de letra y un diseño pensado para lectores de casino, muy lejos todavía del periódico americano de masas, con sus titulares colosales, sus fotografías y dibujos de gran tamaño. Pero es que, además, la prensa más cauta y moderada adoptó la retórica patriótica no porque creyera en la victoria, ni porque ardiera en ansias guerreras sino por no abandonar al gobierno en un trance que consideraba inevitable una vez que el gobierno de Estados Unidos no se dio por satisfecho ni con la autonomía, ni con el armisticio, ni con nada. Fue como si la prensa pretendiera extender a todos las posibles culpas por el desastre que se avecinaba, de tal manera que una vez cumplido, nadie pudiera aparecer como único o principal culpable y, lo que viene a ser lo mismo, nadie pudiera erigirse en el papel de salvador.

De manera consciente, sintiendo la guerra como un destino inexorable, del que sólo se podría escapar a costa de encender en España una guerra civil o dejar el campo abonado para una dictadura, la prensa moderada se lanzó a una puja patriótica para que todos aparecieran luego culpables del desastre y a todos cupiera la triste pero gratificante gloria de la derrota: tal es la impresión que produce su deslizamiento desde las llamadas a la cautela y las advertencias ante los riesgos a la exaltación bélica. Seguros o temerosos de la derrota, que imaginaban rápida y gloriosa, su gran error no consistió en alimentar la conciencia patriótica para hacer frente al enemigo, sino en suponer que era posible repetir algo semejante a Trafalgar, susceptible de ser mitificado como una derrota llena de bravura y heroísmo, de la que todo el mundo pudiera sentirse luego, y a la vez, penado y enaltecido. Pero desde que a mediados del siglo XIX comenzara la industrialización de la guerra y se formaran los primeros complejos militar-industriales, era inevitable que en un combate naval ganara quien dispusiera de barcos más rápidos, mejor acorazados y dotados de cañones de más largo tiro. La derrota fue, como era de prever, rápida y sin gloria: no hubo lugar para más heroísmo que el de dejarse matar en un ejercicio de tiro al blanco.

Ahora bien, que de la batalla naval el enemigo escapara indemne y que la escuadra española no fuera capaz siquiera de plantar cara, de entrar en combate, al exceder los más negros vaticinios, sirvió para convertir aquella guerra disparatada en un desastre nacional. Como la guerra fue "impuesta por casi todos a casi todos, y perdida de forma abrumadora y rápida, la percepción no consistió en atribuirla a voluntad de gobierno, sino entenderla como problema nacional"<sup>24</sup>. El desastre era, en efecto, total, inapelable, no porque España saliera derrotada, sino porque salía humillada, que no es exactamente lo mismo. Y de tal tipo de derrota no podía ser culpable únicamente la Corona, ni el Gobierno, ni la Marina, ni el Ejército. No era culpable nadie o, mejor, los culpables eran todos y el resultado, o la causa, fue que todos, o sea, España, estaba muerta. Como escribirá poco después el catedrático de Salamanca, Pedro Dorado, para una revista alemana, "la que teníamos por nación férrea ha resultado ser caña fluctuante". La guerra había venido a descorder el velo que ocultaba la inexistencia de España como nación y como Estado: "sin escuela, sin universidades, sin administración, sin parlamento, sin Cortes, sin seguridad,

---

<sup>24</sup> José Varela Ortega, "El mundo político de fin de siglo", en *España fin de siglo. 1898. Catálogo de la Exposición*, Barcelona, La Caixa, 1997, pp. 44-45, ofrece un penetrante y muy sugerente análisis de esta percepción.

sin crédito territorial, sin flota, sin ejército, sin diplomacia, aunque todas estas cosas existieran exteriormente". De europea, España se había hundido a rango pueblo asiático, decadente, momificado a un tiempo; no quedaba más que organizar su digno funeral<sup>25</sup>.

Por eso la imagen que dominará en las semanas siguientes al desastre no será desde luego la del león, aunque alguna vez reaparezca, con el agua al cuello, medio hundido como la misma España a la que servía de escudero; sino las de angustia, tristeza, luto y dolor de España. Cuando se confirmó el hundimiento de la escuadra en la bahía de Santiago, a las muestras de incredulidad siguieron sin pausa las del dolor nacional: "día tristísimo, día de cruel amargura el de ayer", comenzaba su editorial *El Imparcial*. España aparece sola, sollozante y abatida, y no hay ya ningún león que le sirva de compañía. "Pobres fills del món cor...!, lamenta la misma mujer que el 1 de enero preveía desde la portada de *La Campana de Gracia* un año negro, vestida ahora de luto riguroso, con un fondo de barcos hundidos y humeantes, "¡Y la culpa no es pas vostra!". La culpa: toda la imaginería en torno al león se transforma en búsqueda del culpable. El pecado ha sido grande, irreparable: no ya los hijos, sino España misma aparece muerta. Las imágenes de desolación y muerte sustituyen en todos los periódicos aquellas bravatas sobre el león fiero y altivo. Ahora es la nación moribunda, la humillación sin límite, la vergüenza y el desconcierto: ni cerdo lanceado por un heroico Sant Jordi ni león abatido tras gloriosa pelea<sup>26</sup>. Los americanos se habían limitado a enviar al fondo del mar, uno tras otro, a los barcos españoles. No hay gloria alguna, no hay nación, no hay nada.

"Ara no se sent res, no 's mou res": nada refleja mejor la muerte de la nación que la visión de los repatriados. Los barcos que vienen de Cuba vomitan sobre nuestras playas, "com braçats de flors mústiques y trepijades, glops de germans nostres, tristos, esgroguehits, sechs, que ni'ls seuls los arriben a conoxer...". Los periódicos abren suscripciones para asistirlos en su abandono con una taza de caldo a la llegada y con un bocadillo para el viaje a casa. Son imágenes de desolación, los desfiles de esos hombres envejecidos, cojos, heridos, hambrientos, con su traje de rayadillo, "extenuados por la disentería, el paludismo o la tuberculosis". Es el fin de una empresa histórica que comenzó con el amanecer de una nueva era, cuando tres carabelas llegaron a los confines de los mares, cuando Cuba era como un sol en el horizonte de España, y que termina con el desembarco de enfermos e impedidos en los puertos españoles. Mientras allí, en Cuba, no habremos dejado más que una siembra de muerte; aquí, a España, lo que hemos traído es una multitud de soldados con las marcas de la muerte grabadas en los rostros<sup>27</sup>.

---

<sup>25</sup> Pedro Dorado, "La crisis en España", *Sozialistische Monatshefte*, 5 (1899); traducción y edición de Pedro Ribas. *Estudios de Historia Social*, 8-9 (1979), pp. 280-283.

<sup>26</sup> "Horas de angustia", *La Época*, 5 de julio; "Dolor nacional", *El Imparcial*, 6 de julio; *La Campana de Gracia*, 9 de julio para la culpa; 23 de abril para Sant Jordi.

<sup>27</sup> "La Pau", *La Veu de Catalunya*, 4 de diciembre; "El regreso de los soldados", *El Imparcial*, 1 de septiembre; "Lo descubrimient d'America" y "Final", *La Campana de Gracia*, 10 y 24 de septiembre.

España muerta, con un puñal bien clavado entre sus generosos pechos y rodeada de conspicuos que a la pregunta de *Gedeón*: "¿quién matou o Meco?", responden: "Matámolo todos". Al Meco lo matamos todos: Eugenio Montero Ríos había recordado, antes de salir hacia París, un cuento oído en su infancia a un cura de su tierra gallega. Todos los hombres de la aldea repitieron aquella respuesta y la justicia se encontró "en la dura alternativa de ponerlos a todos en la calle o de procesar a un pueblo entero". "Quén matou o Meco", se podría preguntar también a España, concluía Montero Ríos, y la única respuesta que debían contestar si eran sinceros todos los partidos y todos los hombres que habían gobernado sería la misma: lo matamos todos. Y será en esta aceptación de la culpa universal, en la imposibilidad de procesar a todo un pueblo, donde mostrará su virtualidad final aquella llamarada de patriotismo de los meses de marzo y abril que llevó a casi todos a exigir que se hiciera frente con la guerra a la guerra declarada por Estados Unidos. Porque si todos son culpables, como escribe Luis Morote, entonces nadie lo es; si todos han matado al Meco, entonces nadie lo ha matado. Nadie quiere decir el ejército, al que *El Imparcial* dedicaba los más deferentes elogios el día siguiente a la derrota, eximiéndole de toda responsabilidad. Pero nadie se refiere también al gobierno y a los políticos, a quienes se acusa desde luego, pero sin iniciar movimientos de rebeldía, sin amotinamientos ni algaradas callejeras; y nadie abarca en fin a esa opinión expresada en decenas de artículos de prensa. El sentimiento de culpa por el desastre adquiriría así una especie de dimensión metahistórica: el desastre era como la culminación de una historia de decadencia y degeneración que había venido a culminar en ese cadáver de España, muerta entre todos<sup>28</sup>.

De ahí, por una parte, que la prensa, aún si protesta por cómo se están desarrollando las conversaciones de paz, no pueda más que exhibir un sentimiento de dolor e impotencia ante lo que se juzgan gratuitas humillaciones propinadas tras la derrota por los americanos. Sin duda, no faltan ataques a la Corona, procedentes de los republicanos, como el muy personal dirigido por Alejandro Lerroux a la Regente con su batería de preguntas: "¿Lloras, mujer?"; y a los pocos días "Ah, con que ¿ríes, mujer? ¿Con que no es verdad que lloras? ¿Por qué ríes? Todo llora, sólo tu ríes". Ni se ahorran tampoco protestas contra los políticos y hasta alguno de los diarios que no dudó en promover campañas patrióticas los señalara como el objeto de la ira popular<sup>29</sup>. Pero nadie es capaz de proponer nada. Se percibe la marcha de los acontecimientos con una especie de fatalismo, como si en efecto, la borrachera de patriotismo de los meses de marzo y abril mereciera el estado de ánimo deprimido y lacerado de agosto y septiembre. Se sabe bien lo que los americanos exigen, lo que España no tiene más remedio que ceder; se juzga oprobioso el precio del abandono, ese hueso de los veinte millones de dólares que el último león de esta historia, aparecido en *Don Quijote*, roe con gesto más que desolado mientras el cerdo erguido, disfrazado de McKinley, recibe el

---

<sup>28</sup> "Lo que dice Montero Ríos", *El Liberal*, 21 de septiembre; "El soldado y el gobierno", *El Imparcial*, 4 de julio; Luis Morote, "Todos culpables", *Vida Nueva*, 2 de octubre.

<sup>29</sup> Alex [Alejandro Lerroux], "Dicen que llora", "Dicen que ríe", *El Progreso*, 7 y 10 de julio, cit. por José Álvarez Junco, *El Emperador del Paralelo*, Madrid, Alianza, 1990, pp. 182-183; Editorial, "Contra los políticos", *El Imparcial*, 7 octubre 1898

abrazo y el saludo de Sagasta: "¡Aquí no ha pasado nada!"<sup>30</sup>. Aun si por aquí y por allá surgen voces que claman por un hombre fuerte, y de muchos mentideros se lanzan requiebros al general Polavieja, nadie anda muy sobrado de energías y decisión como para promover rebeliones contra el gobierno, mucho menos contra el régimen. Ante un problema de culpa nacional no quedaba más remedio que atender al sabio consejo adelantado unas semanas antes de la derrota por Juan Valera: cuando llegue la paz será necesario que nos amnistiemos unos a otros.

Se hundió todo y España descansó de sus trabajos, incluso del trabajo de aborrecer a los norteamericanos, escribirá Azaña cuando se cumpla el primer cuarto de siglo del desastre y se inaugure en Cartagena un cenotafio a las víctimas de las batallas de Cavite y de Santiago. A pesar de la agitación social y de los motines por las subsistencias de los que fueron testigos numerosas ciudades, y del movimiento de Cámaras de Comercio convocado por Joaquín Costa y calificado por *El Liberal* como "la última esperanza", la impresión dominante fue que la mayoría prefirió descansar de sus trabajos y dejar las cosas como estaban<sup>31</sup>. No se produjo el temido levantamiento militar, los carlistas no se echaron al monte y los republicanos dejaron para mejor ocasión convocar al pueblo contra el trono. Así fue como un sistema político que parecía frágil salió sin apenas quebranto de la crisis de fin de siglo. Todo permaneció en su sitio: no sólo el régimen, que era la monarquía restaurada en diciembre de 1874; sino la situación, que era liberal desde octubre de 1897; y el mismo Sagasta, que siguió en la presidencia hasta que se consumó el proceso de paz y fue sustituido en marzo de 1899 por Francisco Silvela, con el general Camilo Polavieja en Guerra. Francos Rodríguez lo recordaba treinta años después: "El Gobierno continuó como si no hubiese sucedido nada de particular. Concluimos con un imperio, lo que se dice un imperio entero y verdadero, y nos pareció sentir alivio en lugar de pesadumbre infinita y afán de estremecedor desquite"<sup>32</sup>.

Y así, la actitud cautelosa y expectante de enero y febrero; la explosión del patriotismo de marzo y abril; la incertidumbre y el primer asombro de mayo y junio; la angustia y el dolor por la muerte de España de julio y agosto culminó en una especie de laxitud por los grandes trabajos emprendidos y el desastre cosechado. Se comprende que quienes venían profetizando el *finis hispaniae* se emplearan con todas sus fuerzas en aquel "afán de regeneración" que Valera lamentaba como una "pesadilla insufrible y hartó humillante" en el discurso leído ante los reyes e infantes el 13 de mayo de 1900 con ocasión del traslado de las ilustres cenizas de Goya, Meléndez Valdés, Moratín y marqués de Valdeiglesias. A regenerarse llamaban los políticos, que comenzaron

---

<sup>30</sup> Reproducido en *Memoria del 98*, El País, Madrid, 1998, p. 182.

<sup>31</sup> *El Liberal*, 18 de noviembre. Hasta el día 29, *El Liberal* concedió la primera plana, a veces completa, a las crónicas de la Asamblea de Zaragoza. Para recientes análisis de la movilización social en 1898, Sebastian Balfour, *El fin del Imperio Español (1898-1923)*, Barcelona, Crítica, 1997, y Manuel Pérez Ledesma, "La sociedad española, la guerra y la derrota", en Juan Pan-Montojo, coord., *Más se perdió en Cuba*, Madrid, Alianza, 1998, pp. 91-149.

<sup>32</sup> Manuel Azaña, "Al pie del monumento de Cartagena", *España*, 17 de noviembre de 1923; José Francos Rodríguez, *El año de la derrota. 1898*, Madrid, Compañía Ibero-Americana de Publicaciones, 1930, pp. 318-319.

entonces sus inútiles declamaciones en favor de la moralización del sufragio, sus invocaciones a la revolución desde arriba, sus denuncias del fraude y del vacío sobre el que se había levantado el gran edificio canovista. De regeneración escribía la prensa militar, aunque de ningún modo quería ver a los "actuales desprestigiados gobernantes" dirigiendo tamaña empresa, pues en aquella "época regeneradora que inauguraba el nuevo año 1899, toda la labor fructífera debe esperarse del Ejército y sólo del Ejército". No sin dura competencia, desde luego, pues, como escribió Unamuno, eran "los llamados, con más o menos justicia, intelectuales y algunos hombres públicos" los que a cada paso hablaban de la regeneración de España". De regeneración habló, en efecto, una abrumadora pléyade de publicistas que traía en su cabeza el diagnóstico de los males y la receta de los remedios de todos los problemas de España y que produjo aquellos libros que Valera llamaba "elegiacos y terapéuticos" y que pasarían a la historia bajo el genérico nombre de "literatura del desastre"<sup>33</sup>.

Sería imprudente despachar esa literatura, salida en algunos casos de la pluma de periodistas, con gestos de pedante impaciencia, pues hay en esos libros de todo, pero no cabe duda de que material ofrecía de sobra para que la prensa satírica se cebara en ella, presentando a los regeneradores como charlatanes de barraca o como una pandilla de conspiradores que al final, con tanta regeneración, iban a matar de nuevo entre todos a la pobre España<sup>34</sup>. Fue Unamuno de los primeros en percibir que gran parte del público comenzaba a cansarse de esa "epidemia regeneradora". Pero contra el juicio de Valera, escéptico de las ventajas que pudieran derivarse de la convicción de pertenecer a una raza degenerada, al rector de Salamanca le parecía "tal chaparrón convenientísimo". Unamuno, por su parte, proclamará como consigna la necesidad de viajar al interior, de ir hacia adentro, para encontrar el verdadero ser del pueblo. Es, en otro terreno, lo que propone también aquel profeta político que fue Joaquín Costa, cuando aseguraba desde las páginas de *El Liberal* que "la España que vivíamos ha muerto" e invitaba a trabajar por su resurrección, variando todos los conceptos de su vida, poniendo arriba lo que estaba abajo, promoviendo "una política que sirva a la blusa y al calzón corto". De esos viajes al interior, como de esa insistencia en la España que tras largo proceso de decadencia había degenerado hasta la muerte, habrán de derivarse llamadas a la resurrección que al final condujeron a la espera en algún hombre fuerte que dijera a la nación: levántate y anda. Pero de ahí se derivará también la convicción de que no hay nación sin escuelas, sin campos irrigados, sin industria floreciente, sin sufragio limpio<sup>35</sup>.

---

<sup>33</sup> Juan Valera, "El renacimiento de la poesía lírica española" y Carta a *La Nación*, 30 de septiembre de 1900, en *Obras Completas*, Madrid, Aguilar, 1958, vol. III, pp. 1197 y 577. "El Ejército. Pretérito y futuro", *La Correspondencia Militar*, 31 de diciembre; Miguel de Unamuno, "La vida es sueño. Reflexiones sobre la regeneración de España", *La España Moderna*, noviembre de 1898; Miguel de los Santos Oliver, *La literatura del Desastre* [1907], Barcelona, 1974.

<sup>34</sup> Entre otros muchos, "Escenas madrileñas. Un regenerador del país", por Cecilio Pla y "La regeneración", por Cilla, *Blanco y Negro*, 15 de octubre y 10 de diciembre; "Els regeneradors", *La Campana de Gracia*.

<sup>35</sup> Miguel de Unamuno, "¡Más sociabilidad!", *Vida Nueva*, 27 de noviembre; "Habla el país. Lo que dice Joaquín Costa", *El Liberal*, 18 de octubre.

Y esta es la convicción que acabará por imponerse sin que la otra llegara nunca a desaparecer. Frente a la tendencia a la introspección, a mirar en la intrahistoria, a buscar en las libertades medievales fórmulas políticas para la resurrección de España, las reflexiones inducidas por la derrota provocaron también la necesidad de mirar hacia fuera, de aprender de las naciones modernas, de dedicar todos los esfuerzos al desarrollo de la industria y a la implantación de la igualdad política, sin que hubiera que recelar, como aconsejará Valera, del sufragio universal ni de la democracia ilimitada. "Hay que crear ciencia original [...] y desviar hacia la Instrucción Pública la mayor parte de ese presupuesto hoy infructuosamente gastado en Guerra y Marina", manifestaba Santiago Ramón y Cajal que consideraba la falta de ciencia como una de las causas más poderosas de nuestra ruina. Y Leopoldo Alas, después de preguntarse por qué habíamos venido tan a menos, respondía que no tanto por parecernos a las naciones modernas como por insistir en ser españoles a la antigua. No nos venció el obrero yanqui, nos venció la máquina. Pero la máquina guerrera sólo nace de la riqueza y de la ciencia. El diagnóstico es claro: No somos trabajadores, no somos científicos, no somos ricos. Y la conclusión no puede ser otra: hay que serlo. España, terminaba Clarín, necesita ser moderna. Y eso significa, por una parte, agricultura, obras públicas, industria, instrucción pública; por otra y no menos importante, sufragio verdadero. Industria y democracia, ciencia y sufragio, ese es el camino que señala la derrota y ese es el camino en que se empeñará la generación de españoles que eran muy jóvenes, casi adolescentes, cuando el Desastre<sup>36</sup>.

Sin menospreciar la otra, la que invitaba al ensimismamiento y proponía fórmulas políticas quirúrgicas, ésta será la herencia más notable y persistente de la pérdida de las colonias en guerra contra Estados Unidos y del tratamiento que recibió en la prensa desde que en septiembre de 1897 Mr. Woodford pisó suelo español hasta que en diciembre de 1898, William Day y Eugenio Montero Ríos firmaron en París el Tratado de Paz. La llamada a una política de pacificación, cautelosa y condescendiente, seguida de una exaltación patriótica y del comienzo y rápido fin de lo que Azaña llamará una guerra desesperada, acabó por un lado en el duelo por la nación muerta y, por otro, en la convicción de que nada tenía remedio si los españoles no miraban hacia fuera. Regeneración y europeización de España lo llamó Joaquín Costa en el mismo año de 1898, cuando lanzó el movimiento de las clases neutras con sus asambleas de productores. Y que fuera Costa, el menos europeo de los españoles, como le llamó Unamuno, el primero en proclamarlo quizá pueda servir como símbolo y resumen de la contradicción que dominó a la prensa española durante la guerra con Estados Unidos: la de representar a la nación como un fiero león que sin embargo no quería ni podía pelear.

---

<sup>36</sup> Juan Valera, "Discurso de recepción del autor en la Real Academia de Ciencia Morales y Políticas el 18 de diciembre de 1904", *Obras Completas*, Madrid, Aguilar, vol. III, pp. 1229-1224; "Habla el país. Lo que dice el Dr. Cajal", *El Liberal*, 26 de octubre; Clarín, "La regeneración de España. Opinión de Don Leopoldo Alas Clarín", *El Globo*, 12 de octubre.